Tema
2

Ética y persona: realización. Una mirada al misterio del mal

Acabamos de estudiar el origen de la persona humana, la respuesta a la cuestión: ¿desde cuándo soy persona? Más allá de la importancia que envuelve este grave problema en la sociedad actual debido a la urgencia que reclaman el aborto y otras acciones que exigen de la luz de la bioética, lo que ahora nos interesa es descubrir que esa persona que comienza su andadura como ser unicelular va viviendo su vida sin solución de continuidad desde ahí en adelante. Se trata de una vida que se va incorporando de manera personal a la propia intimidad. El hombre por ser inteligente, tener conciencia y ser libre es también un ser biográfico. Los animales viven, pero no tienen biografía en sentido estricto, ellos están siempre en el 'es' del presente, sin embargo, los hombres somos carne enmemoriada, llena de nuestros 'he sido' desde los que vivimos el ahora como un ir siendo proyectivo de nuestro futuro. Ese futuro proyectado constituye nuestro presente aquí y ahora, se maranatiza[69] el incierto 'seré' en el ahora, somos *futurizos*[70]: nuestro presente es el que es en función del futuro que proyectamos, uno u otro. Pasado y futuro son ingredientes del presente del hombre como no lo son de nuestros hermanos animales.

Por eso, ya lo hemos estudiado (cf. tema 2 - UD 2), el hombre es temporal, tiene temporalidad por ser alguien carnal con conciencia. Ser temporales nos constituye en peregrinos (*homo viator*) hacia nuestra plenitud, hacia nuestra meta. Esa meta está iluminada por nuestro ser personas y por nuestra naturaleza, pero también es una meta que concreta cada cual, con su libertad, proyectando desde su creatividad su identidad futura. Un futuro y un presente libres y responsables a la vez.

Este es el camino de realización de la persona que se puede resumir en la búsqueda y consecución de la felicidad. Irla logrando es tarea para la que nuestras facultades nos capacitan, pues somos seres con un deseo y una sed de infinito que se abre y sigue abriendo constantemente. Nuestra inteligencia, voluntad y sentimentalidad nos lo han mostrado. Por eso la felicidad tiene tanto que ver con la verdad, el esfuerzo, la amorosidad y la libertad, libertad para amar, libertad de calidad. Si quiere, puede revisar el tema 3 - UD 2 donde lo estudiamos.

69. *Marana thá!*, es el "¡Ven, Señor Jesús!" de la liturgia y de los primeros cristianos que no consiste solo en un deseo de futuro, sino en una tensión del presente desde ese futuro deseado que cambia el mismo presente que se está viviendo.
70. Expresión de Julián Marías. Cf. J. MARÍAS, *Persona* (Alianza, Madrid 1996).

El deseo de ser feliz en plenitud se va realizando parcialmente mediante la apropiación de posibilidades, posibilidades que nos ofrece el mundo, la cultura, los demás y posibilidades que inventamos nosotros. Al apropiarnos una posibilidad, p. e., amar a mis hijos, ser honrado en mi profesión, compartir mis bienes, ver Hamlet, etc., damos poder a esa posibilidad sobre nosotros, hacemos que esa posibilidad y no otra nos configure, sea personalidad nuestra —soy amante, honrado, generoso, aficionado a Shakespeare— vamos dibujando la figura de nuestra felicidad, de nuestra vida lograda. Esa figura es configurada en libre creatividad con la ayuda de la verdad moral de nuestro ser personas. Por eso nuestra libertad puede encaminarnos a verdaderas plenitudes o descaminarnos hacia vías muertas o mortales. Como con tanta fuerza subrayó Lévinas, nos descubrimos responsables de nosotros mismos, de los demás y del mundo. Aunque el deseo de felicidad puede completarse de modos muy diversos se descubre bajo la luz interior de nuestro ser personas que el hombre es más feliz cuanto más ama y es amado; nuestra felicidad está llena de interpersonalidad y de relación con Dios. Esta es la vocación fundamental del ser humano.

Ahora bien, el hombre peregrino es también un hombre falible y frágil; también las circunstancias de la vida pueden truncar sus proyectos y sobretodo pueden afectar al proyecto central de la vida. Antes de afrontar el papel de la muerte (cf. tema 1 - UD 4), en nuestro ir caminando topamos con dos limitaciones u obstáculos a la felicidad: el sufrimiento (fruto de nuestro ser de carne en el mundo) y el mal moral (consecuencia de nuestras acciones libres). Dolor y mal: ¿son meras limitaciones?, ¿tienen algún sentido o papel?

Por eso procedemos al estudio de la persona en su vocación a la felicidad, y los obstáculos a esta, en tres pasos.

Esquema

I. Persona y realización, llamados a la felicidad: vocación y proyecto
   - Deseo, plenitud, vocación y Dios
   - Libertad y esperanza
   - Felicidad

II. El hombre ante la enfermedad y el sufrimiento
   - La persona humana es un ser expuesto al dolor: *homo patiensa*
   - Reacciones ante el dolor

III. El hombre y el mal moral: el misterio de la iniquidad
   - La conciencia moral
   - Dimensiones del mal
   - ¿Por qué hacemos el mal?

I. Persona y realización, llamados a la felicidad: vocación y proyecto

Deseo, plenitud, vocación y Dios

En el interior de la persona nos encontramos con el deseo, un deseo que nos constituye como seres en búsqueda de una plenitud y que pone en marcha todos nuestros recursos para conseguirlo. La apertura y sed que manifiesta el deseo es infinito. No hay nada en nuestro mundo, ni siquiera el amor interpersonal —que es lo que más se le aproxima— que pueda llenarnos del todo. Sólo un bien infinito, el infinitamente Bello y Bueno puede saciar nuestra sed.

Como el deseo es infinito podemos deponer una esperanza infinita en bienes finitos, en ese sentido los convertimos en ídolos. Sin embargo, la realidad, antes o después, nos muestra la verdad: no pueden llenarnos, y por eso viene la desilusión y la frustración. Desilusión y frustración son las huellas que el deseo infinito deja en nuestro corazón para que prosigamos el camino que busca la felicidad absoluta, son señales del camino a casa que bien interpretó Agustín de Hipona. Somos seres que desean con todas sus fuerzas naturales a Dios, somos anhelo divino (tema 3 - UD 2).

Salvo que renunciásemos a todas las líneas de razonabilidad y apostásemos por un absurdo absoluto, la sed interior del hombre apunta hacia la verdad de un Dios capaz de colmarnos. Del mismo modo que si nos encontrásemos un animal sediento en medio del desierto deduciríamos con verdad que dentro de su radio de acción vital hay agua, análogamente nuestra sed apunta con fuerte razonabilidad la existencia del infinito capaz de saciarnos.

El deseo constituye en nuestro interior un punto que nos pre-tensa, como el arquero tensa el arco, hacia la plenitud. Este deseo ontológico es la llamada en nuestro ser más íntimo a la felicidad, a Dios. Por eso podemos hablar de la persona como vocación a la felicidad, vocación a la plenitud, vocación a Dios; la felicidad, la plenitud y Dios nos llaman desde nuestro interior. Incluso un drogadicto cuando se droga está buscando la felicidad, estaría buscando a Dios —sin saberlo—por caminos que descaminan.

> "A diario siento un deseo sin límites por todo lo que es belleza y bondad. Y por la noche, al acostarme, al acabar mi plegaria con las palabras 'Gracias, Dios mío, por todo lo Bueno, Amable y Bello', mi corazón se alegra. Lo amable es Peter, el despertar de una ternura que sentimos sin atrevernos a darle un nombre ni a rozarla siquiera, pero que un día va a revelarse en todo su significado: el amor, el porvenir la felicidad. Lo Bello es el mundo, la naturaleza y la gran belleza de todas las cosas hermosas juntas". ANA FRANK, *Diario*: 07-03-1944[71].

Este deseo de Dios y vocación de plenitud toman en nuestra inteligencia la forma de voz, voz que grita con fuerza silenciosa nuestra grandeza, nuestra posibilidad más alta y el camino o descamino que tomamos. Muchas veces esta voz del ser personal se traduce en inquietud o quietud según la dirección que tome el peregrino. Esta voz dice decires de objetividad porque surge de la verdad de la constitución de

71. Ana Frank estuvo escondida y encerrada en condiciones terribles dos años durante la II Guerra Mundial.

nuestra persona. En el terreno ético esta voz se modula como conciencia que articulada por la prudencia —y desde la luz de la ley natural y la reflexión— ilumina el camino del hombre hacia su felicidad.

Libertad y esperanza

Que seamos llamada y vocación no significa en ningún caso que nuestra vida esté pre-decidida o predeterminada. El destino del camino, la meta final, la decidimos con nuestra libertad. Somos libres de verdad, limitada y fundadamente libres, pero absolutamente libres, con esa libertad que es señorío y autodominio para amar, creciendo en nuestra capacidad de amar cada vez con más calidad. Tenemos una libertad que va conquistando, si la cuidamos, nuevas profundidades personales de libertad (cf. tema 3-UD 2). Con nuestra libertad decidimos real y responsablemente nuestro futuro, hacemos nuestros proyectos y elegimos tanto lo puntual del ahora como la orientación global de nuestra vida.

De la realidad de nuestro elegir pende la verdad de la responsabilidad. Respondemos ante nosotros mismos y ante el Absoluto divino que resuena en nuestro interior, somos responsables. Es absolutamente errónea la visión que se expresa en los términos: "estaba escrito que iba a ser médico", "estaba escrito que me casaría contigo", "estaba escrito que sería religiosa". Desde el lado del hombre en todas y cada una de estas posibilidades late una elección libre: "quise ser médico", "quise casarme contigo", "quise ser religiosa". Y del mismo modo que quise, podría no haber querido o haber querido otra posibilidad. Sólo quien vive bajo violencia o con una libertad inmadura puede decir con cierta verdad que le han elegido la profesión, el esposo o la vocación, pero tanto en caso de violencia como de inmadurez hay una honda carencia en la acción humana.

El deseo nos mueve a atrevernos a amar y soñar con audacia, a realizar un proyecto que merezca la pena, a destinarse uno mismo más allá de las propias posibilidades. Así ha funcionado también la ciencia: soñamos volar, deseamos volar, inventamos las máquinas para volar. De este modo creamos una nueva posibilidad. Lo mismo ocurre en los ámbitos más interpersonales. Nuestra vocación a la felicidad está llena de deseo, imaginación y verdad. El hombre no vive un simple presente, lo que 'es', somos un ir siendo desde el pasado —memoria— hacia el futuro que actúa aquí. Somos proyectantes, futurizos. El hombre para elegir y actuar supera la realidad dada, da un giro por la irrealidad para proyectar un futuro que, aunque incierto, va plasmando con su acción en su vida y en el mundo.

También la teología nos recuerda que Dios es amante de nuestra libertad, que invita con suave y honda llamada, pero que nunca predetermina; a Dios le gusta que ejerzamos la libertad en la que nos ha creado, ama nuestra creatividad. El Dios que la filosofía puede descubrir también es un Dios que promueve nuestra libertad, que llama y suscita nuestra libertad, que se compromete con nuestra elección, que nos dice: "Tanto si te haces médico como ingeniero, si te quedas en España o te vas a la India, yo estaré en tu camino, elige tú". Es un Dios que ilumina todos esos caminos, pues nos ha hecho participar de su creatividad, nos ha hecho, en expresión de X. Zubiri: cuasi creadores. Por eso su luz toma forma de aviso objetivo y voz de alarma solo cuando nuestro camino elegido contradice nuestro ser y nuestra verdad. Dios se experimenta como luz y fuerza para nuestra vida y nuestros proyectos.

"El mejor remedio para el que tiene miedo, o se siente solo o desgraciado, es salir al aire libre y encontrar un lugar solitario donde poder estar en comunicación con el cielo, con la naturaleza y con Dios. Solamente entonces se siente que todo está bien así y que Dios quiere ver a los hombres dichosos en medio de la naturaleza sencilla, pero hermosa". ANA FRANK, *Diario*: 23-02-1944.

La verdad de la acción humana como creativa y la verdad del papel de Dios, llenan la temporalidad con un vector de esperanza. Deseo, vocación, libertad y Dios nos descubren la dimensión biográfica de la persona atravesada por la fuerza real de la esperanza, frente a todo pesimismo materialista o existencialista, el futuro está abierto y en nuestras manos.

Los caminos concretos que elegimos para vivir en plenitud desde nuestras dotes y preferencias son obra nuestra, decisión nuestra, libertad nuestra, eso sí, posibilitada también por la sociedad, por la familia y por Dios. La vocación de felicidad y de Dios está presente en todos los caminos en la medida en que son caminos en que la persona con su verdad personal, trascendente y amorosa, realiza su ser libre. Por eso, si uno elige, y puede hacerlo, caminos que contradicen la verdad de la persona, trascendente y amorosa, en su naturaleza, en su dignidad o de cualquier otra forma, se convierten en caminos que alejan de la plenitud, en vocación frustrada, en rutas hacia la desdicha personal, que irán haciendo saltar las alarmas de nuestra naturaleza, nuestra persona y nuestra religiosidad. No siempre es fácil escucharlas:

"A los jóvenes nos resulta doblemente difícil conservar nuestras opiniones en unos tiempos en los que se destruye y se aplasta cualquier idealismo, en los que la gente deja traslucir sus peores cualidades, en los que se duda de la verdad, de la justicia y de Dios". ANA FRANK, *Diario*: 15-04-1944.

En la peregrinación hacia la plenitud, precisamente es esta plenitud última la que confiere carácter motivador a los diferentes deseos o motivos intermedios. La fuerza de una certera teoría de la motivación descansa en la fuerza 'a tractora' de la vocación, ella llena el resto. Desde ahí se puede interpretar la conocida *Escala de Maslow* que clasifica psicológicamente los deseos y motivos piramidalmente desde los más básicos a los más espirituales. Es cierto que hasta que no se realizan las necesidades más básicas hay ciertos valores superiores que no se liberan o resultan planteables, pero, ¡ojo!, solo hasta cierto punto. La experiencia nos muestra que una persona con hambre no es alguien ciego para lo espiritual, hay casos en que precisamente ocurre lo contrario. La llamada originaria al ser y a la plenitud es capaz de resonar aún en medio de las dificultades materiales más extremas, la persona hambrienta no deja de tener también hambre de Dios.

Felicidad

La vida de la persona es vocación; llamada a su plenitud, la persona busca su realización por apropiación de sus posibilidades más personales y por crecimiento de su libertad. La vocación primera es el amor de sí misma y los demás y el amor a Dios.

En esto radica la felicidad: plenitud de nuestro ser, realizados al máximo en nuestras capacidades. Felicidad no es el mero placer, ni un sentimiento, ni un estado o hábito. Tiene que ver más bien con la condición y el ser del hombre ante una vida lograda en la que hay armonía de la persona. La vida se logra cuando va alcanzando su fin (*telos*) poseyendo el bien incondicionado, el bien absoluto, Dios. Esto sólo es posible si además hay donación por su parte. El hombre se abre al don del Don, paradoja que descubrimos en la filosofía: la verdad del hombre no se cumple si no es desde un ámbito teologal; nos abre a la escucha de la Revelación.



Una vida buena y lograda incluye salud, placer, bienestar, gozar de buena fama, honor —estimación y reconocimiento por los demás y la sociedad—. Todos estos son bienes importantes que contribuyen a la felicidad, pero sobre ellos la práctica de la virtud, la familia y la amistad son claramente más importantes. Además, su posesión pacífica, sin la amenaza de perderlos, conduciría —según Aristóteles — a una vida feliz. Una vez más la esperanza de la felicidad requiere de alguien que selle el proyecto para siempre, Dios; que despeje el temor de la pérdida.

Nuestra vida consiste en la tarea de la felicidad, tarea hecha de trabajo interior y de gozo lúdico, ambos son necesarios. La tarea de la felicidad supone conjugar: ilusión, encargo, movilización de nuestros recursos, dejarse ayudar, superación de dificultades, pues todo esto a lo largo del tiempo contribuye a nuestra realización.

Es importante para la vida lograda un proyecto vital global que —desde nuestra vocación y deseo radical— confiera unidad de vida. Sin un proyecto fuerte la vida se fragmenta, se atomiza y la felicidad resulta inalcanzable, se diluye o malvende por instantes pasajeros de placer, algo que el relativismo de la post modernidad favorece. Esta fragmentación del tiempo por falta de proyecto fuerte hace que nuestro carácter futurizo se seque y no llegue a articular nuestra temporalidad en coherencia y construcción. También esta fragmentación está en la raíz de que nuestra sociedad del bienestar, aun poseyendo de todo más que nunca en la historia, no cese de producir personas infelices. Recuérdese que una elección fundamental es esencial y que se revive y actualiza en cada acción concreta reforzando su consecución, fortaleciendo a la persona frente a las posibles desviaciones, pero simultáneamente permanece siempre en juego en cada acción, pues nunca es lograda del todo en esta vida. Así, la elección esponsal por la felicidad en la fidelidad va integrando armónicamente las vivencias y acciones de cada uno de los conyugues; sus actos de amor, perdón, entrega, etc., refuerzan su elección y la fortalecen, refuerzan el amor y abren ámbitos de confianza, comunión y gozo nuevos. Además, hacen poco probable la traición al proyecto común y al otro, aunque no excusa de la vigilancia, todo lo contrario, la anima y hace feliz en la conciencia de la propia fragilidad.

72. Cf. Aristóteles, *Ética a Nicómaco*.

En la sociedad nos encontramos hoy con ofertas de sentido alternativas a la felicidad tal y como la acabamos de caracterizar:

1. **Nihilismo**: Esta filosofía no consiste tan solo en percatarse del riesgo de la nada frente al ser y la creación, sino en una decisión y voluntad expresa por la nada: querer la nada como fondo de todo lo que hay. Puede caer en la desesperación y en percibir la vida como insoportable. Desde ahí ofrece diversas actitudes ante la vida:
   a. El **absurdo** que lleva a una **vida cómico-trágica** como reacción: todo acaba fatal y nada tiene sentido, pero riámonos de ello.
   b. El **cinismo**: la falsa risa de quienes por no tomarse nada en serio llegan hasta el punto de que broma y seriedad coinciden.
   c. El **fatalismo**: es imposible cambiar de vida, así que hay que resignarse e intentar disminuir el dolor.
   d. El **pesimismo light**: la vida es un fracaso, no te la tomes demasiado en serio ni a ella ni a tus proyectos y fracasos.
   e. Por contrapunto, la **ebriedad de la vida**: sexo, alcohol, sobrepasar todos los límites, etc. Flotar un instante sobre la nada.



2. **Poder**: Si abres los ojos al mundo esto es lo real: elije buscar el dinero y sigue la ley del más fuerte.

3. El **fragmento**, sin Dios, sin verdad (relativismo) solo queda repetir y repetir la búsqueda de un placer momentáneo y terriblemente parcial, antes de que sea demasiado tarde para no gozarlo más, buscando una gratificación inmediata.

4. **Individualismo**, consiste en la búsqueda del propio interés: cada uno lo suyo, sólo hay una moderación objetiva, no estorbarnos y dañarnos para lograr el mayor **bienestar egoísta**.

5. El **consumismo** que convierte el estado de bienestar en su único fin que identifica la felicidad con **calidad de vida**. La vida sin calidad no sería vida, ¿quién determina la calidad? Estemos atentos a lo que vamos a decir del dolor dentro de poco.

Estas ofertas, que podrían ampliarse o sistematizarse de otros modos, se cierran a Dios y a la trascendencia de la persona. Cuando Dios no entra en el proyecto de felicidad y en la oferta de sentido, toda oferta de sentido y proyecto resulta incapaz de responder a la verdad del hombre, lo que se manifiesta, además, en que en la

práctica carecen de un proyecto real, válido y realizable, quedan tan solo en palabras hueras incapaces de vertebrar acciones de futuro. Son mera apariencia con devastadoras consecuencias.

Antes de cambiar de apartado quiero subrayar una vez más que la felicidad concebida en relación con Dios no es sólo verdad que el hombre pueda conocer por Revelación. La filosofía nos lo ha ido mostrando con tanta fuerza como está presente también en otras formas de sabiduría humana. Ya Confucio sostuvo que: "Solo hay dos caminos: la benevolencia o el egoísmo" y que: "Si no se respeta lo Sagrado, no hay nada sobre lo que se pueda edificar una conducta".

Cuanto llevamos estudiado nos muestra que la persona es una realidad ética. Para el hombre, la ética es el arte de vivir caminando hacia la plenitud de modo libre y responsable. La ética es respuesta, responsabilidad, desde la libertad a la vocación de nuestro ser en el que los demás y Dios son centrales. La ética no es un conjunto de normas sistemáticas y externas, es mucho más, es la radical forma en que la persona se realiza en cuanto tal. Corresponde a la Filosofía moral o Ética, el estudio concreto de las fuentes de la moralidad y los criterios objetivos y válidos para orientar la acción de la persona. La Antropología aporta a la Ética fundamento con su estudio de la dignidad personal, la libertad, la vocación del hombre y la naturaleza humana, que constituyen la dimensión moral de la persona.

II. El hombre ante la enfermedad y el sufrimiento

Pero aun sosteniendo un proyecto de felicidad en que Dios juega un papel central, el hombre se encuentra con dos graves obstáculos: el dolor y el mal. Reflexionemos ahora sobre el primero. ¿Qué es el mal físico? ¿De dónde viene el dolor? ¿Qué papel juega?

La presencia del mal que nos afecta causando dolor y sufrimiento parece interrumpir y convertir en inviable el deseo de felicidad. El dolor hace acto de presencia antes o después en la vida de todos y cada uno. La cultura bíblica pone voz a este hecho por boca de Job: "El hombre, nacido de mujer, corto de días y harto de tormentos"[73], momento de juicio pesimista que Schopenhauer convierte en constitutivo metafísico pues: "toda vida *es* dolor"[74]. El dolor físico aparece porque somos vivientes en la materia; pero, además —como seres de carne— estamos esencialmente abiertos a que nos afecte el dolor psíquico y el sufrimiento moral.

Las líneas que siguen quieren ser leídas desde la consciencia de que en el fondo hay un misterio inefable en el sufrimiento humano que sólo vislumbra una vía de senti-

73. Job 14,1
74. A. SCHOPENHAUER, *El mundo como voluntad y representación* (Ateneo, Buenos Aires 1956) 56.